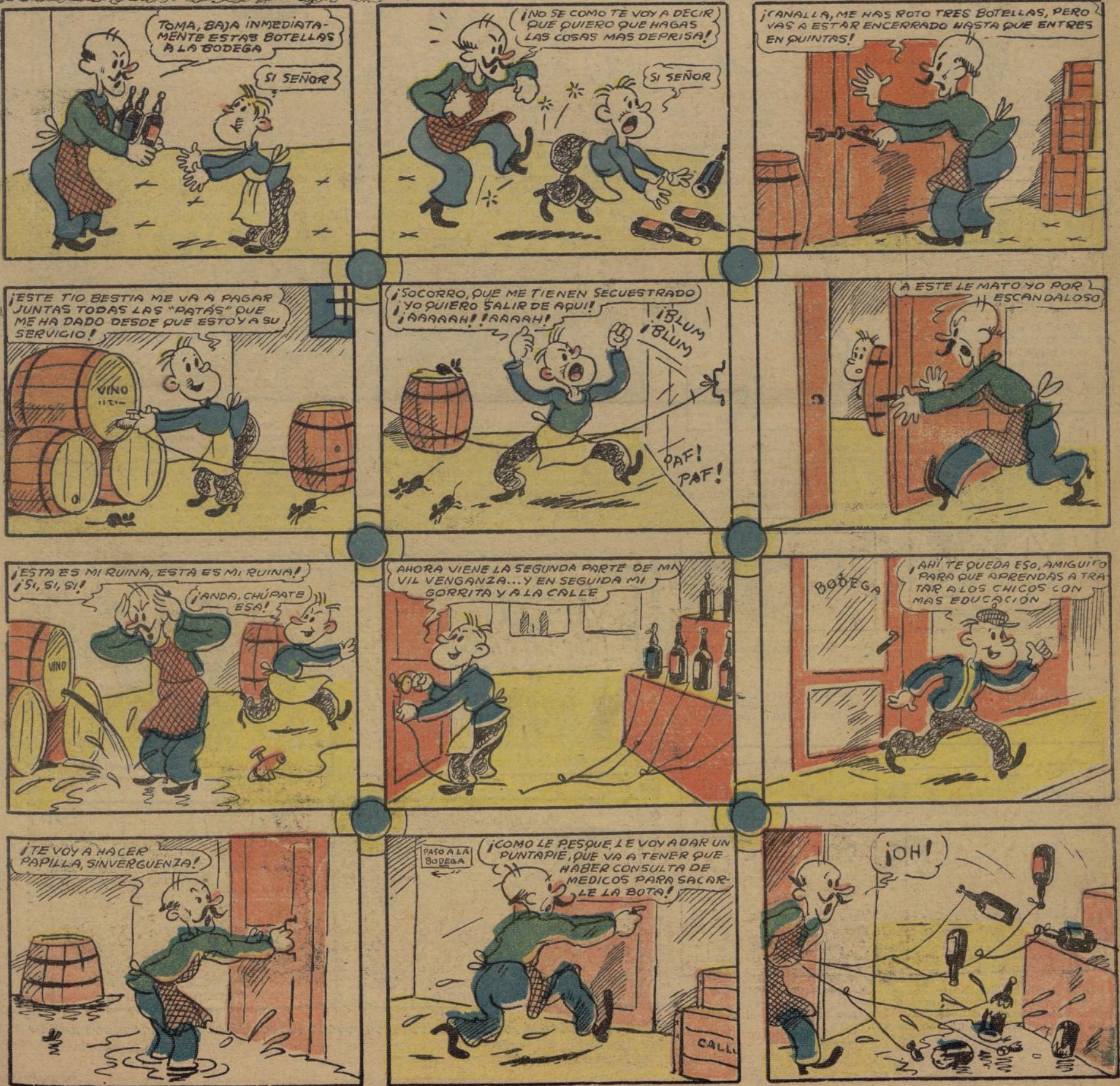


AÑO VI.—NUM. 247

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 1 de febrero de 1934

# El chico de la bodega





## EN SERIO Y EN BROMA



Este pez que aquí veis es de lo más absurdo que existe. Es verdadero pez, o sea, en términos vulgares: que no tiene pulmones, pero tiene espina dorsal. Sin embargo, tiene brazos, vive casi siempre fuera del agua, respira también por la cola y se ahoga si se le tiene mucho tiempo dentro del agua. Vive en los terrenos pantanosos de Australia y Malasia, y tiene unos ojos saltones que puede hacer girar en todos sentidos, por lo que se le llama "pedioftalmo".



—Aquí donde "usté" me ve, yo durante un año sólo he bebido leche.

—¿Y cuándo fué eso?

—El primer año de mi vida.



El agua de mar contiene en disolución diferentes sales. El dibujo representa las cantidades y proporciones recíprocas en que tales sustancias se hallan en las aguas marinas.

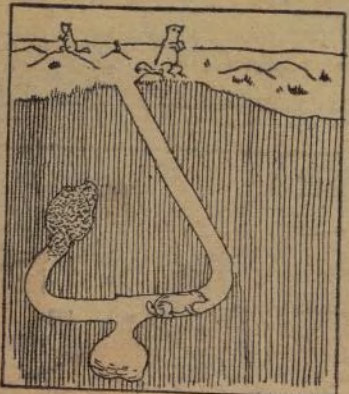


Entre amigos:

—Yo tengo un amigo que lleva treinta años en Madrid, y aún no ha visto la Puerta del Sol.

—¿Caramba! ¿Y qué es su amigo de usted?

—Ciego de nacimiento.



En la América del Norte existen "ciudades de perros". No creáis que es uno de tantos camelos yanquis. Lo más curioso es que no es-

tan habitadas por verdaderos perros, sino por unos roedores que ladran como el perro. Cada familia vive en un refugio subterráneo. La tierra que extraen al hacer este refugio, queda amontonada a la puerta, formando un montículo, en el cual queda siempre un centinela. En las grandes llanuras se reúnen a vivir numerosas familias, formando una "ciudad de perros". A la menor novedad, un centinela da la voz de alarma y todos se refugian en sus guaridas.



—¡Ah, canalla! ¿Qué haces subido en el árbol?

—Enseño a saltar a su perro.



Las mayores profundidades del océano vienen a medir en hondura lo mismo que las mayores montañas de la tierra miden en altura. Uno de los mayores abismos oceánicos se halla en el Océano Pacífico, junto a las Islas Marianas, y la máxima profundidad corresponde a la máxima altura del pico de Gaurisankar, en el Himalaya, que mide 8.840 metros.



—Dime, Totó: ¿Has visto qué manos tan sucias tienes? ¿qué dirías tú si yo viniese con las manos tan cochinas?

—Yo no diría nada. Tendría la delicadeza de callármelo.



Nada menos que tres billones de kilogramos de carbono roban al aire las plantas de Europa. Reducida esta cantidad a bloques de carbón sólido formaría diez inmensas pirámides más altas que el monte Tibidabo (532 metros).



La vaca.—¡Por vida del buey Apis! O yo he crecido mucho, o ese tren ha menguado con la lluvia.

## Una aventura de Charlot

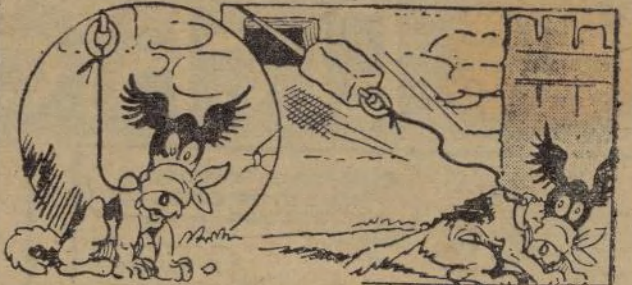


—"He decidido adoptarte" —le iba diciendo Charlot al chuchó "Malas-Pulgas", al que había salvado de una muerte cierta sacándole del río que lo arrastraba—. Desde luego que si tu antiguo amo te tiró al agua, me sospecho ligeramente que no añora tu compañía ni te andará buscando. Quédate conmigo y verás qué vidorra nos vamos a dar con estos pápiros con que la Sociedad Protectora de animales ha premiado mi acción en favor de un



semejante. "Se acabó el hambre por una temporada. ¡Arriba los corazones!"

—"Arriba las manos" —exclamaron a dúo el "Pinchaúvas" y "el Pelanas", dos apreciables bandidos, blandiendo sendos pistolones con dos bocazas como bocinas de gramófono viejo—. Habían brotado de entre el trigo y su actitud no dejaba lugar a dudas ni aconsejaba la resistencia. Charlot se dejó atar y amordazar sin resistencia, y a "Malas-Pulgas", que se permi-



tió ladrar furiosamente, le improvisaron un bozal. Ambos a dos fueron transportados a un vecino caserón abandonado, donde los bandidos tenían su guarida. A "Malas-Pulgas" lo ataron a una argolla que había en una pared exterior, y Charlot fué encerrado en un sótano oscuro y maloliente. Allí sus dos secuestradores se sentaron frente a él ante una mesa destastada. No había en la habitación otro mueble ni objeto alguno. Tan sólo se veían col-

gadas de un hierro de la pared unas pesas con las que los bergantes solían hacer gimnasia para conservar su fuerza y agilidad. Charlot fué sentenciado:

—"Si tienes apego a tu maldita estampa, tendrás que olvidarte de estos papelotes que llevabas y que te resultarían muy comprometedores, y no acordarte de estos tus afectísimos servidores sino el último de cada mes, para traernos una cantidad igual, que, por lo



visto, son parte de tus rentas."

Mientras el tribunal sentenciaba, "Malas-Pulgas" iba reflexionando en su forzada impotencia: "No sería digno de llevar el nombre de perro, animal fiel por excelencia, si no demostrara mi gratitud a mi salvador. ¡Ea!; yo tengo que salvarle, y para salvarle, necesito libertad; y para libertarme... "dió tan violento tirón de la cuerda que lo sujetaba, que arrancó la piedra en que estaba empotrada la

argolla. Pero el hierro que sujetaba la argolla era precisamente el mismo que sostenía las pesas sobre las cabezas del "Pinchaúvas" y del "Pelanas", y al desplomarse, vino a aplastarlas contra la mesa que tenían delante. Charlot dió un brinco, rompió sus ligaduras, ganó la puerta rápido como el pensamiento y, abrazando a su salvador, echó a correr con él a campo traviesa, gritando: "¡Qué vayan viniendo bandidos!"



Elefante de Africa.



Vampiro espectro.



Egocero o Antilope azul



Conejo común o de campo



## EL TALISMAN DE LA VIDA ETERNA NARRACIÓN JAPONESA

Vivía en el Japón un joven llamado Du Dsi, que era muy emprendedor y aventurero. Paseando cierto día junto a la orilla del río Amarillo, encontró a un venerable anciano, que parecía sumido en profundas reflexiones. Du Dsi le saludó con respeto, preguntándole cuál era el motivo de aquella su gran meditación. Y le dijo el viejo: "Has de saber, joven afortunado, que he descubierto el sitio donde se halla la piedra de la sabiduría. Esta piedra tiene tan prodigiosas cualidades, que aquel que la posee adquiere al instante la virtud de vivir eternamente."

"En verdad, anciano—dijo Du Dsi—, que harías muy bien en apoderarte de



esa piedra maravillosa, que te permitiría vivir eternamente." "Bien lo quisiera—añadió el sabio—. Pero el que se apodera de la piedra de la sabiduría ha de ser, precisamente, un joven que cumpla este mes los diez y ocho años." Al oírlo Du Dsi se animaron sus facciones, y exclamó: "Yo cumplo este mes los diez y ocho años, y, además, soy decidido y no retrocedo ante los peligros ni las aventuras; si tú quieres te ayudaría a conquistar ese talismán prodigioso."

El viejo le miró largo rato, luego pareció agraderle el porte y la resolución de Du Dsi, y dijo: "Está bien; ven conmigo." El viejo le cogió de un brazo y se elevó con él por encima de las montañas, "hasta llegar a un gran castillo, en



el que entraron". En la sala principal había nueve hadas, y junto a ellas un dragón verde y un tigre blanco. El viejo cogió tres bolas de piedra verde y las metió en una copa de vino, que dió a beber a Du Dsi. Luego le dijo: "Ahora todo esto va a desaparecer y te quedarás solo. Comienza a avanzar siempre, sin retroceder jamás, y guárdate, sobre todo, de pronunciar una palabra. Sea lo que sea lo que encuentres, dioses poderosos o demonios horribles, animales salvajes, aunque te hagan sufrir todos los tormentos del infierno. Ten valor y desprecia todo, pues no es más que ilusión. Si vences en la prueba podrás apoderarte de la piedra de la sabiduría."

Du Dsi ya no vio delante de sí más



que un gran jarro de agua clara. Hadas, dragón y tigre habían desaparecido. De pronto oyó un estruendo espantoso, que hizo estremecerse la tierra y el cielo. Apareció un hombre, de quince pies de estatura, montado en un caballo gigantesco, recubierto de oro. Rodeábanle cien soldados, con los arcos tendidos y las espadas desnudas. El gigante se dirigió a Du Dsi: "¡Apártate de mi camino!"—gritó con voz de trueno—. Pero el

joven, como si no le hubiese oído, siguió su camino, sin retroceder y sin hablar. Entonces, el gigante gritó a sus soldados: "¡Cortadle la cabeza!" Pero Du Dsi continuó imperturbable, y los soldados y el gigante desaparecieron. Luego llegaron un animal salvaje y una serpiente venenosa, bramando y silbando; hicieron como si quisieran morderle, pero Du Dsi no retrocedió y los monstruos cayeron sin vida.

Luego vino un gran demonio, con cabe-



za de buey. Colocó en el patio una caldera de aceite hirviendo. Le cogió por el cuello con una horquilla de hierro, y le dijo: "Si me dices quién eres, te suelto. Pero el joven permaneció inmóvil, sin hablar. Entonces el demonio le cogió con la horquilla y le echó en la caldera. Du Dsi se mordió los labios para no gritar, y el aceite no le quemó. Entonces el demonio le agarró por los cabellos y le sacó de la caldera, y dió una gran voz, a la que acudieron miles de demonios de todas clases, y el jefe dijo:

"¡Traedme a sus padres!" Y al instante aparecieron "dos demonios, que arrastraban a los padres" de Du Dsi. Y el diablo dijo: "Arrojadlos a la caldera grande." Y aquellos espantables demonios agarraron a los padres de Du Dsi y les arrojaron a la caldera, llena de aceite hirviendo. Y los padres del joven comenzaron a gritar y a lamentarse. Du Dsi, que no podía resistir el tormento de



ver cómo torturaban a aquellos seres por él tan queridos, gritó: "¡Basta! ¡Basta!" Apenas habló el muchacho se desplomaron las paredes, y el muchacho se sintió transportado por los aires. Poco después abrió los ojos y se vió de nuevo junto a la orilla del río Amarillo del Japón, y a su lado estaba el anciano que le iniciara en el secreto del talismán de la sabiduría.

"Me has perdido—le dijo furiosamente—. Y me has hecho perder la ocasión de apoderarme del precioso talismán."



Luego se retiró, sin mirar al joven, y Du Dsi se quedó muy triste, reprochándose el haber hablado. Al meter la mano en el bolsillo encontró un papel. Con la natural curiosidad fué a ver lo que ponía, y leyó:

"La vida eterna se alcanza haciendo buenas obras en la tierra."

"¡Tiene razón!—exclamó Du Dsi guardándose el papel—. ¡Al diablo las preocupaciones!" Y se marchó alegremente, dispuesto a ganar la vida eterna, de la única forma que puede ganarse. Siendo bueno y haciendo buenas obras, ya que éstas son el mejor talismán."

— FIN —

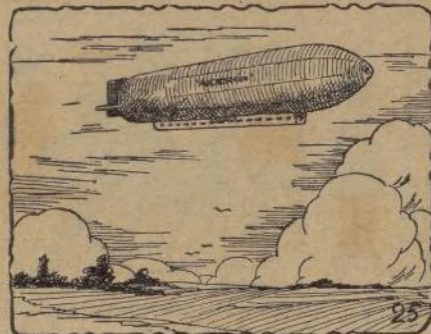
## REGALOS DE JUGUETES

a los consumidores del ARROZ GRANITO

Remítase por correo este anuncio y tres saquitos vacíos del Arroz Granito a Ferrer Hermanos, Arroces, Valencia, y en seguida se enviará—a la dirección que se indique—un bonito juguete. Señálese si de niño o niña

## LOS TRES AVENTUREROS

El "Ackron" continuaba su vuelo normalmente. Nuestros amigos, que habían encontrado un fiel protector en Boston, pasaban grandes ratos de charla con el negro, que les llamaba "sus pequeños amigos". Leal era también de la pandilla; más de una vez los pilletes tuvieron que recurrir al amparo del armario de la despensa, cuando alguien llegaba hasta la estancia. Pero en aquellos momentos



varias las personas que se acercaban. En efecto, en el cuartito de la despensa entraron el comandante de la nave y dos marineros, seguidos de Boston, que daba muestras de intranquilidad. "Boston—exclamó el comandante—, ¿qué hay en ese armario?" "Botellas, mi amo"—repuso el fiel negro, palideciendo—. "¿Botellas? Está bien; abre, que vamos a llevarnos unas cuantas." "Boston no tener la llave,



Rafa y Leal, que fueron saludados con una triple exclamación de asombro. "Salid—exclamó el comandante con acento severo—. ¿Qué hacíais ahí?" Polo, que no había perdido su serenidad característica, avanzó sin dar señales de miedo, mientras Rafa se acurrucaba junto a Leal. "¡Responded!—dijo uno de los marineros—. ¿No oyes que te pregunta el



comandante?" "Pues tomábamos el fresco"—exclamó el gofillo imperturbable—. El comandante le miró friamente. Luego se acercó a él y le cogió de un brazo. "Habéis cometido un delito que las leyes castigan; por lo pronto quedaréis arrestados hasta que tomemos tierra en algún punto, donde os dejaremos a disposición de las autoridades. ¡Vivo!—ex-



clamó, dirigiéndose a los marineros—. ¡Conducidlos al camarote de castigo!" Los subalternos se dispusieron a obedecer, cogiendo bruscamente a los dos camaradas. "¡Esperad!—añadió el jefe—. Me parece que no van a ir solos. Acércate, Boston. ¿Tú sabías que estos pájaros estaban ahí?" "Boston no saber nada—balbució el infeliz—. Boston no co-

Boston estaba preparado para evitar el que descubriesen a los polizones. Además, el atleta se encargaba de llevarles comida y agua todos los días.

El "Ackron" volaba en aquellos instantes por encima del Océano. Polo y Rafa se entretenían jugando con Leal, cuando unos pasos resonaron en el pasillo, y los aventureros se precipitaron al armario. Por el ruido de las pisadas, debían de ser



mi amo; Boston no saber dónde está". "Puede abrirse fácilmente, mi comandante—dijo uno de los marineros—. La llave es endeble y puedo forzarla sin estropear el mueble". "Bien; hazlo así—añadió el jefe—. El marinero había metido un cuchillo entre las junturas de la puerta, y haciendo un pequeño esfuerzo, hizo saltar el pestillo.

Dentro del armario aparecieron Polo,



comandante?" "Pues tomábamos el fresco"—exclamó el gofillo imperturbable—. El comandante le miró friamente. Luego se acercó a él y le cogió de un brazo. "Habéis cometido un delito que las leyes castigan; por lo pronto quedaréis arrestados hasta que tomemos tierra en algún punto, donde os dejaremos a disposición de las autoridades. ¡Vivo!—ex-



nocerlos" "¡Registradle!"—ordenó—. Los marineros comenzaron a cachear al negro y de uno de los bolsillos del uniforme sacaron la llave del armario. "Has mentado, ¡eh!"—dijo friamente el jefe. Y luego, volviéndose a los otros: "¡Llévadle a este también!"

Los tres camaradas fueron conducidos a un estrecho camarote, que sólo tenía



cias, moreno—exclamó impetuosamente Polo—. Eres todo un hombre. ¡A mis brazos, camaradas! ¡Lo que sea de uno que sea de todos!" Y mientras los potentes motores del "Ackron" atronaban el espacio, los tres aventureros se confundieron en un estrecho abrazo.

FIN DEL CAPITULO III



**D. Severo**



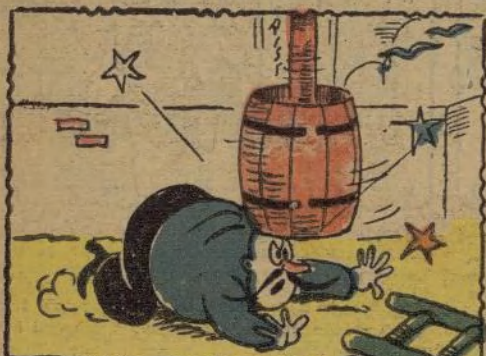
Don Severo había recibido un regalo de un tío suyo. El regalo eran unas parejas de palomas, y don Severo, que, como siempre, era hombre precavido, decidió fabricar un palomar. Ani-



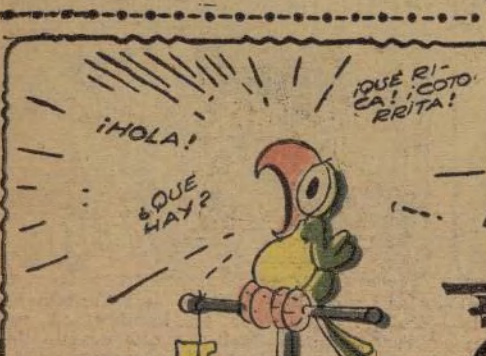
mo puso manos a la obra, y en un periquete plantó un alto poste en el suelo, sobre el que se dispuso a colocar una cuba vieja, que debería de servir de futuro hotel para las palomas. "¡Qué



fiesto soy!"—pensaba mientras subía con la cuba a cuestras—. Al cabo de un rato, nuestro amigo consiguió llegar con el arnateste a lo alto. En-  
tonces se dispuso a bajar para recrearse en la



contemplación de su obra, pero, naturalmente, como lo que sostenía la cuba era la escalera, en cuanto hubo ésta, ¡pum!, ¡la catástrofe, como veréis!



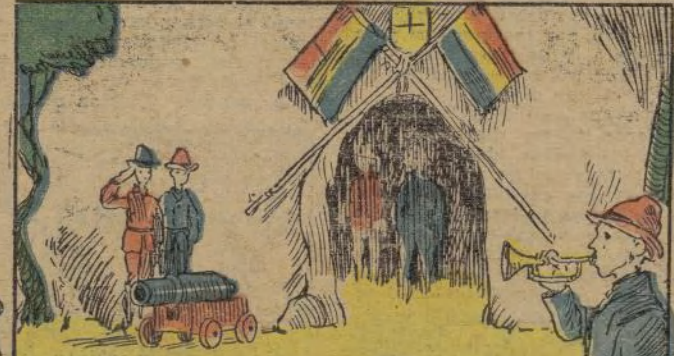
Laura se había despertado aquel día filarmónica, y desde bien tempranito comenzó a repasar su repertorio clásico, flamenco, tailable, zarzueril y cupletero. No paraba de cantar

# Y PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



A eso de las diez llegaron a la playa. Un centenar de focas se solazaban tomando el sol. Para no espantarlas hicieron alto y armaron el campamento en la desembocadura del río. Allí se quedaron, al cuidado de todo, los más pequeños: Sebastián, Vicente y Gabriel; los demás, después de almorzar, y armados de todas las armas de la colonia, se dispusieron a dar la batida. Antes que nada, dirigieron una mirada al horizonte, por si su dicha les deparaba divisar la vela de algún barco salvador; pero el mar estaba desierto.



compañeros, ofreció sus felicitaciones al jefe de todos. Luego, junto al árbol de Navidad, comenzó el sucuciento banquete, en el que Carrillo lució sus dotes culinarias con las variadas provisiones de que la despensa estaba repleta. Ocho días después comenzaba el nuevo año, en plena estación veraniega para aquellas latitudes. Convenía acabar de reconocer la isla por si las tierras del otro lado del lago ofreciesen elementos más favorables, o por si desde sus costas se divisaba alguna isla o continente cercano. La expedición había de



y caza mayor y menor. Resistiendo la tentación de disparar sobre aquellas piezas, llegaron a media mañana a la desembocadura en el mar, y atracaron la canoa a la orilla izquierda. Abriase allí una bahía semejante a la de su naufragio, pero no ofrecía playa alguna, sino un hacinamiento de enormes bloques de piedra, que formaban numerosas grutas, aptas para servir de refugio seguro. A una de aquellas agrupaciones de rocas sobresalían por su altura, treparon para escudriñar el horizonte del mar. ¡Nada! Ni una peque-



hacerse atravesando el lago en la canoa, y no podía, por tanto, ser numerosa. Con tres personas bastaba. Desde luego sería utilísimo el grumete Carrillo, que por sus conocimientos prácticos de navegación, prestaría valiosos servicios. Enrique pidió ser de los expedicionarios, y llevar consigo a su hermano Pablo, de quien esperaba arrancar el secreto de su tristeza. Alberto, que no fue autorizado a marchar con ellos, demostró su enojo, y avivó viejas rivalidades, comunicando su descontento a sus partidarios Ramiro, Mar-



ña y Juanito. El 4 de febrero, a las ocho de la mañana, la canoa, aparejada con una vela y bien provista de armas, municiones y viveres, partió del dique del río. Una fresca brisa la empujó lago adentro. Perdióse de vista la ribera, luego las alturas del acantilado, y a mediodía se hallaron en un horizonte circular de agua, sin haber descubierto aún la orilla apostada. El viento cayó y fue preciso empujar los remos. Por fin divisaron una línea verde de bosque que dibujaba el horizonte. Al caer el día llegaron a tierra, y después de



hacer la cena, y a los pocos momentos se sorprendieron con unos gemidos que salían de entre las rocas. ¡Era alguno de sus amigos! ¡Sí! Acercóse rápidamente, y al doblar unas rocas sorprendió una escena conmovedora. Quiso retirarse, pero ya era tarde, y se enteró de todo. Pablo confesaba a su hermano la culpa secreta que entristecía su vida. "¡Desgraciado!—le decía Enrique—. ¿fui yo el culpable?" "¡Perdóname, hermano; pero no digas una palabra a los demás. Ellos no me perdonarían." Carrillo avanzó enton-



ces diciendo: "Lo he oído todo sin querer, pero nadie sabrá nada por mí. Debemos perdonarle y que Dios nos proteja a todos!" Confundieronse todos en un abrazo, y montaron en la canoa. El regreso fue triste y silencioso. A favor de la marea remontaron el río, y cuando su quilla cortaba las aguas del lago, izaron la vela, que a favor de una buena brisa les llevó al atardecer de aquel día a su refugio. Sus compañeros los recibieron con grandes manifestaciones de alegría y oyeron complacidos sus noticias. (Continuará.)



Y mientras don Torrente esperaba el remedio, entró don Cloroformo con una cara que era todo un poema. "¡Qué ocurre!"—exclamó el doliente—. "Nada—repuso el médico con en-



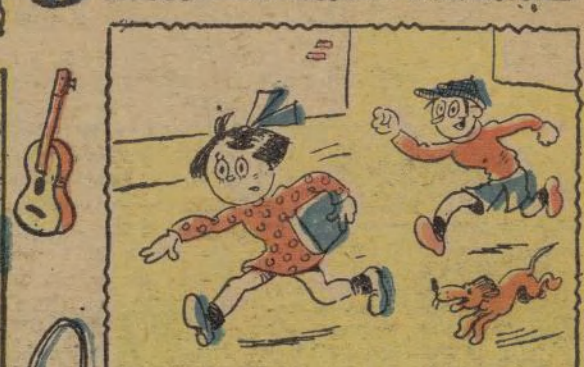
Para don Cloroformo llevaba quince minutos en la casa, y como Laura no se callaba ni con polvorones, el doctor comenzó a sentir que la estera le pesaba como si fuese de cemento.



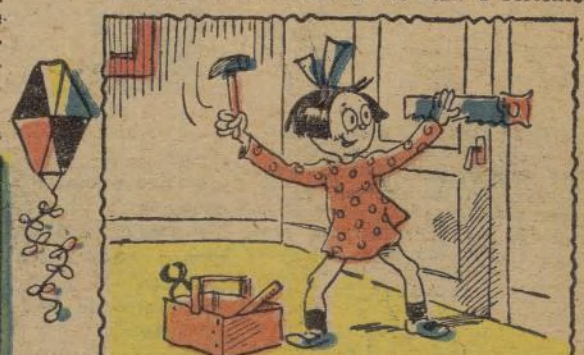
Y mientras don Torrente esperaba el remedio, entró don Cloroformo con una cara que era todo un poema. "¡Qué ocurre!"—exclamó el doliente—. "Nada—repuso el médico con en-

Y mientras don Torrente esperaba el remedio, entró don Cloroformo con una cara que era todo un poema. "¡Qué ocurre!"—exclamó el doliente—. "Nada—repuso el médico con en-

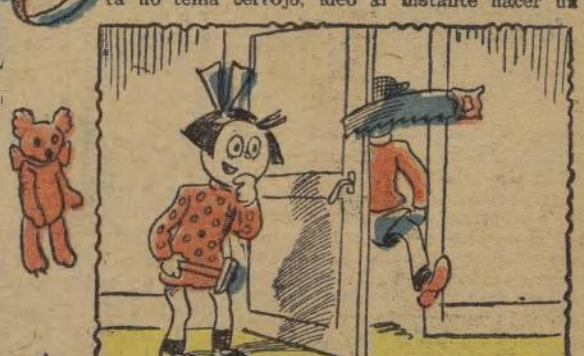
**Teresa**



Tortolito estaba deseando vengarse de la última faena que le hizo Teresa, y aquel día la esperó a la salida del colegio, con ánimo de estropearle el físico. Teresa, al ver venir a Tortolito,



con las de Cain, puso pies en polvorosa y escapó a toda velocidad, perseguida de cerca por el muchacho. Teresa entró en casa, y como la puerta no tenía cerrojo, ideó al instante hacer un



muelle de sujeción con el serrucho. De dos martillazos lo clavó junto al marco, y ya, más tranquila, esperó a que llegase el animalote de Tortolito, que, efectivamente, no se hizo esperar. El

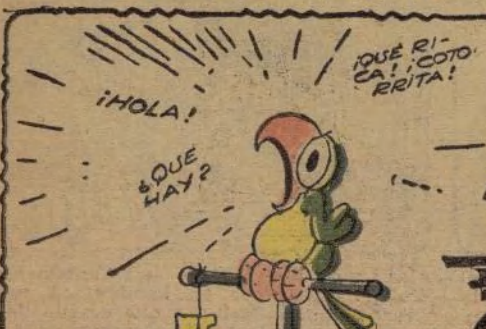


perseguidor tomó carrerilla, y... ¡Uu, dos, tres! ¡Fuego!! El muelle hizo su efecto, y Tortolito recibió rotundamente, el pago a sus malas intenciones. ¡Teresa triunfaba!



tomación lastimera—. Que una de dos, o asesinamos a esa maldita y cotorrana Laura, o me hace usted un sitio en la cama y nos tomamos a medias el jarabe.

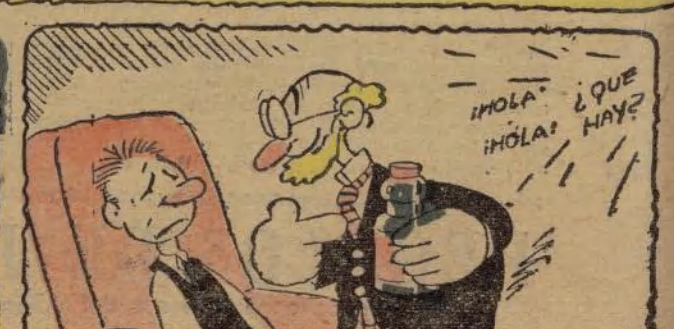
## LA COTORRA SABIA



Laura se había despertado aquel día filarmónica, y desde bien tempranito comenzó a repasar su repertorio clásico, flamenco, tailable, zarzueril y cupletero. No paraba de cantar



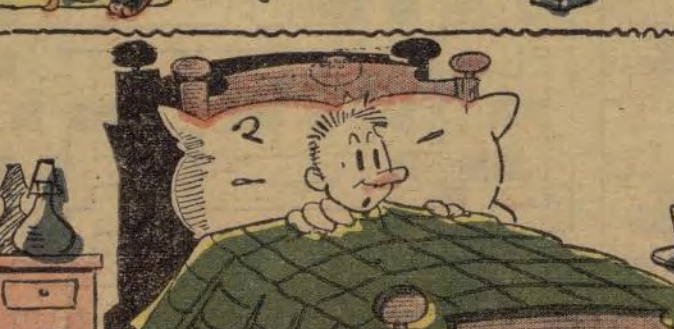
El pobre don Torrente que vivía en aquella casa, comenzó a sentir los efectos de la furia filarmónica de Laura, sintiendo un dolor de cabeza como si le estuviesen taladrando el cráneo.



El médico don Cloroformo llamado con urgencia, recetó un jarabe a don Torrente, asegurándole que se le pasaría el dolor de cabeza, y le mandó que se acostara.



Para don Cloroformo llevaba quince minutos en la casa, y como Laura no se callaba ni con polvorones, el doctor comenzó a sentir que la estera le pesaba como si fuese de cemento.



Y mientras don Torrente esperaba el remedio, entró don Cloroformo con una cara que era todo un poema. "¡Qué ocurre!"—exclamó el doliente—. "Nada—repuso el médico con en-



Y mientras don Torrente esperaba el remedio, entró don Cloroformo con una cara que era todo un poema. "¡Qué ocurre!"—exclamó el doliente—. "Nada—repuso el médico con en-



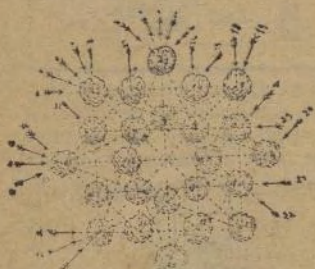
## AMENIDADES



El pajarito está muy quietecito en el arbolito. Tan calladito, con su pico muy cerradito. ¡Huy, qué bonito el dibujito que ha hecho Pepito! Pepito Borrego, de ocho años, y de Badajoz, por más señas.



Para evitar los olores en las cocinas. — Un procedimiento muy práctico para evitar los olores que se producen en las cocinas, es el de hacer tapaderas con un tubito que encaja en la chimenea. En la práctica el resultado es maravilloso.



### Solución al concurso número 23

El problema planteado en este concurso, es, ciertamente, uno de los más difíciles que hemos propuesto a nuestros lectores. Sin embargo, como no podía menos de suceder, hemos recibido bastantes soluciones exactas, si no tan numerosas como en los demás, en cambio más meritorias.

Algunas de ellas vienen realzadas con preciosos dibujos. Entre todas hemos creído la más meritoria y mejor ilustrada la que nos envía desde Valsequillo (Córdoba) el jerominista Pedro Camacho Rodríguez, de doce años.

Recordaréis que se trataba de plantar 24 árboles en una explanada, en tal disposición que con ellos se formasen 23 filas de cuatro árboles cada una.

He aquí con qué precisión, sencillez y elegancia lo resuelve nuestro citado amigo.

¡Enhorabuena! ¡Te enviamos el premio que has merecido!



Serafin García, de Burgos, nos remite este gracioso dibujo, que él titula "Pachín y su perro". No sabemos por qué; pero, en fin, así lo quiere Serafin.



¿Dónde está Isidoro? Pobrecito; hay que encontrarlo.

## LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

### CAPITULO XXXV

#### A vida o a muerte

Efectivamente, el tigre contrahecho era el pequeño grumete, dentro de la piel del felino cazado en la montaña.

Luego de las mutuas manifestaciones de regocijo, el señor Albani preguntó ansiosamente:

—¿Ha aparecido algún pirata por los alrededores de la cueva?

—Ninguno, señor.

—¿Y Basilio?

—Le he dejado al cuidado de los animales.



—¿Pero, por qué te has puesto la piel del tigre?

—Para espantar a los piratas si me los encontraba.

—¡Bravo, muchacho! Pero no perdamos tiempo y guíanos a la caverna. Estamos desistados.

—Dentro de diez minutos llegaremos. Sigámonos ustedes.

Emprendieron un rápido paso, y sin más encuentros, llegaron a la caverna. Levantaron la cortina vegetal que ocultaba la entrada,



apartaron los pedruscos, y pasaron dentro. El mozo no había perdido el tiempo. Durante la ausencia de sus compañeros, lo puso todo en orden. Desató los pájaros, después de haber colocado una red de fibra vegetal en la ventanita; preparó tres lechos de hojas frescas, y llenó de agua los recipientes disponibles en una cisterna próxima.

—¡Magnífico, pequeño Picolo! Ahora podremos resistir aquí un largo sitio sin inquietarnos.

—¿Cree usted que vendrán a sitiarnos?

—Si descubren las rodadas de la carreta, sin duda alguna. Pero que vengan. Nos defenderemos a vida o a muerte.

—Pero pueden forzar la galería.

—Haremos una barricada. Uno de nosotros hará guardia fuera de la cortina vegetal; los otros continuarán trabajando en la construcción del muro.



—Yo me quedaré de guardia y, "Basilio" que es fuerte y listo, me hará compañía—dijo el mozo.

—Perfectamente. Manos a la obra.

Todo el día lo pasaron de esta forma, sin que ocurriera nada notable. Llegó la noche y el marinero relevó al muchacho en su guardia. Hacía ya una hora que velaba Enrique, cuando "Basilio", que dormitaba a su lado, dió señales de inquietud.

—¡Oh, oh! —exclamó el marinero—. Algo pasa.



Se deslizó por la galería y tiró de las piernas al muchacho y al señor Albani.

—¡Pronto! ¡Levantaos!

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Pero "Basilio" da muestras de inquietud.

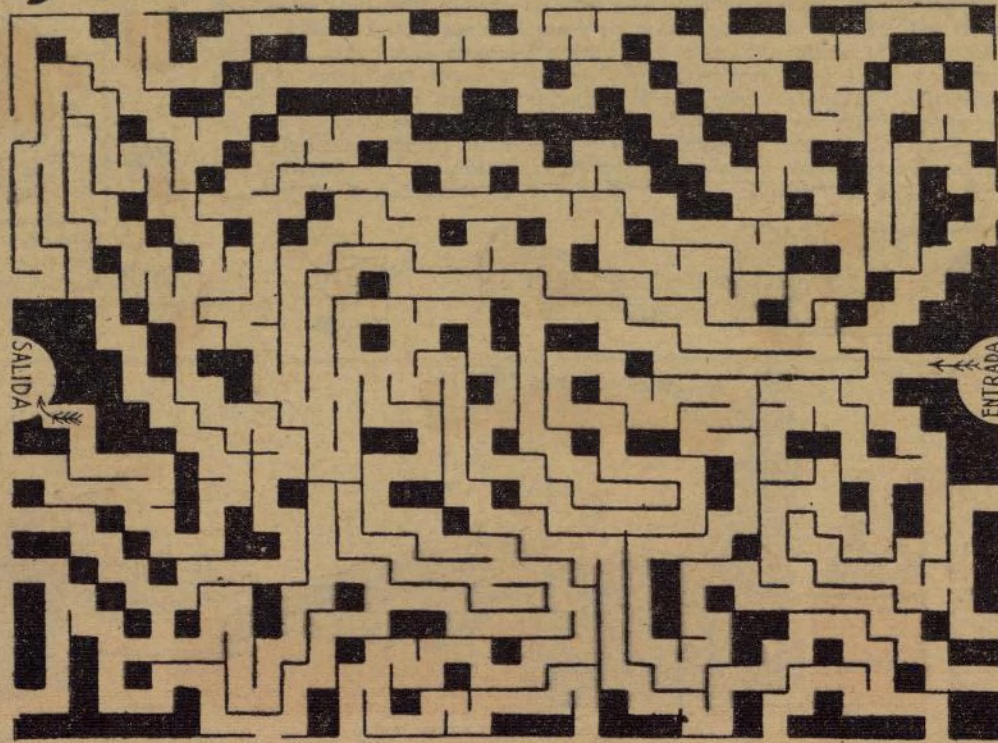
—Entonces no cabe duda. Son los piratas. Esos hijos de los bosques tienen el olfato muy fino, y "Basilio" no debe de haberse equivocado.

Los tres amigos salieron al exterior, donde el orangután seguía gruñendo sordamente y dando brincos.

—¡Los piratas! —clamó Albani—. ¡Huyamos, pronto! ¡He visto moverse las ramas! ¡Miradlos! ¡Ahí vienen! ¡Corred!

Fin del capítulo XXXVI

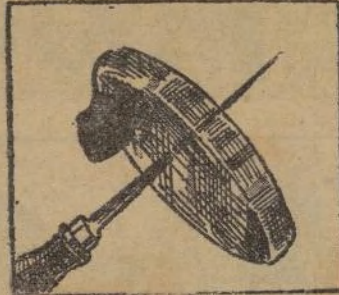
## ROMPECABEZAS



Entrar es fácil, pero ¿y salir? ¡Vamos a ver quién sale!

Ayuntamiento de Madrid

## PASATIEMPOS



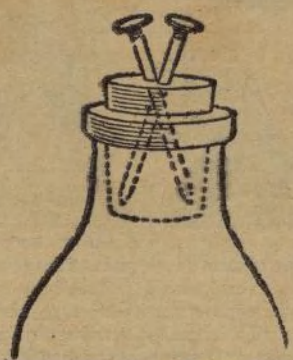
Esto que veis aquí atravesado por un punzón. Es petróleo solidificado por procedimientos químicos especiales.



Pina Taraquemada, de Bienvenida, envía esta romántica y linda muestra de su arte. La triste damita extiende su mano, para ver si llueve, seguramente, mientras la contempla, enternecido, un galgo de astracán, y vuelan los pajaritos, asombrados, sin duda, de ser tan grandes como el cisne.



Rama Murti es un indio de una colosal resistencia, tan grande, que aguanta sobre el pecho, el peso de un elefante.



Un sacacorchos de fuerza. — Cuando un corcho se resiste, no hay medio de hacerle salir. Sin embargo, nosotros sabemos uno. Se clavan en el corcho rebelde dos clavos, en la forma que indica el dibujo, se los hace girar luego, y no hay corcho que se resista.



PAISAJE DE INVIERNO  
Antonio L. Pérez, 13 años, Naval-moral (Cáceres).



## LA BOA COMPLACIENTE



Pimplín se escapó un día del nido paterno. Al regresar de su escapa-



toria, vió con espanto que no podía saltar hasta la boca del domicilio.



Pero vino una boa muy amable, y poniéndolo sobre sus espaldas le sirvió de ascensor.



## LOS CUATRO BANDIDOS Y EL REY

Cuando Carlos V, joven entonces, era tan sólo rey de España, se hallaba un día cazando con toda la corte por un frondoso bosque de Castilla. Súbitamente se desencadenó una tormenta estre-

recreando! Soñaba que vuestra capa de terciopelo pasaba a honrarse sobre mis hombros..." Y esto diciendo, apoderóse de la capa del soberano y se la puso con gran empaque.—"Pues yo —añadió otro

—Muy bien, amigos míos—dijo pausadamente Carlos V—. Me parecen muy bien vuestras aficiones; pero antes de entregaros este joyel, permitidme que os enseñe cómo se usa". Y diciendo esto, dió



pitosa, y dispersos los cazadores cada cual buscó el refugio más cercano que pudo. El Rey, aislado de su séquito, llegó a una cueva. Apeóse de su cabalgadura y penetró en la cueva, y distin-

de los salteadores— soñaba que cambiaba mi montera por vuestro rico sombrero". Y uniendo el dicho al hecho, se cubría arrogante con el sombrero del Rey. "Yo también soñaba—intervino el ter-

tres silbidos prolongados. Al momento acudieron de todas partes caballeros, soldados y moneros, que rodearon al Rey. Entonces dirigióse a los bandidos, y les dijo: —Amigos míos; yo también he



guó que tendidos en tierra fingían dormir cuatro individuos de feísima catadura, armados hasta los dientes. Al instante levantóse uno de ellos, y dirigiéndose al Rey, a quien no había reconocido, le dijo en tono ceremonioso: —"No podríais imagináros, gran señor, el maravilloso sueño que me estaba

cero, cogiendo por las bridas el caballo del monarca—que se me venía a las manos un soberbio corcel". "Entonces, ¿qué quedará para mí?"—replicó el cuarto. "Para ti —dijo el primero— queda esta cadena de oro y este silbato de plata que su señoría lleva colgando al pecho."

tenido un sueño y es que dentro de una hora os van a colgar a los cuatro. ¡Y esto sí que no hay modo de evitar que se cumpla! Y al punto, aquellos facinerosos fueron encadenados y entregados a la justicia del pueblo más próximo. Allí purgaron sus fechorías.



## FARINAY SU PELICANO



Farina tenía un pelicano. Cierta día se le echó encima una pantera, que se



quería merendar a Farina, porque le pareció buen bocado para su paladar.



Pero el pelicano lo embarcó en la cesta de su pico y remontó el vuelo, dejando burlada a la fiera.

## Aventuras de Tarugo y Perdigón



"Pasó la tormenta, ya todo está en calma." Así cantaban Tarugo y Perdigón, cuando descubrieron que de la cueva salían voces e interjecciones, como si estuvieran jugando, y, al momento, lo pusieron en conocimiento de mamá Tecla.



Los pilluelos no se habían equivocado. Los jugadores eran Trabucazo, Terre-Moto, Barba-Cana y el sabio, que se habían colado en la cueva de extránjis para jugar a los prohibidos. Mamá Tecla les hizo ahuecar el ala contundentemente



Entonces, y como los jugadores estaban completamente envidiados, decidieron proseguir la tarea, en la casa solitaria del sabio, sitio en que no podían temer las iras de la furiosa y rotunda mamá Tecla.



Pero nuestros Tarugo y Perdigón, con aquella mala idea característica en ellos, decidieron hacer una faena a los jugadores, y al instante se dedicaron a confeccionar una doble figura de la furibunda mamá Tecla.



Con su maniquí a rastras, los pilluelos se encaminaron al garito, donde los frescales de los jugadores se jugaban las pesetas al tute perrero. "Verás qué sorpresa tan agradable les damos"—decía Tarugo, empujando al maniquí.



Llegados a la puerta, Tarugo ató la punta de la cuerda al picaporte, mientras Perdigón le animaba: "Date prisa, hermano, que eres más lento que un cangrejo". "Cállate, langostino con pantalones"—refunfuñó Tarugo.



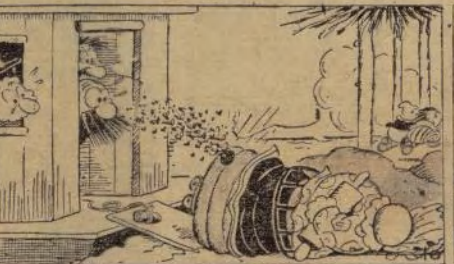
"¡Pum! ¡Pum!"—resonaron unos golpes en la puerta—. "Ve a ver quién es, Terre-Moto"—refunfuñó Barba-Cana—. "Yo no me muevo, porque en cuanto me descuide estos canallas me hacen veintisiete trampas por minuto."



"Aquí somos todos honrados, so berzotas"—rumió Trabucazo—. "¡Silencio!"—gritó Terre-Moto, que había asomado el morro por el "ventano"—; es la vieja. "¡Mi tía!"—gritó Barba-Cana—. ¡No la abras hasta que me parapete!"



Terre-Moto abrió la puerta, y tomando al maniquí por la propia mamá Tecla, exclamó con toda finura: "¡Oh, qué deliciosa sorpresa, señora, cuánto nos alegramos." "¡Qué gusto si te murieras!"—rezongó Barba-Cana.



Pero al tirar de la cuerda se destapó el tapón y las abejas salieron zumbando, con más ruido que un "Junkers" de veinte motores, y dispuestas a pinchar más que "Cagancho" en siete corridas con miuras mansos.



Al grito de "¡Sálvese el que pueda!", los jugadores se lanzaron al mar, dispuestos a salvar el pellejo. El pellejo, que estaba ya más agujereado que una eriba, gracias a las avispas, que picaban más que el "Melones Chico".

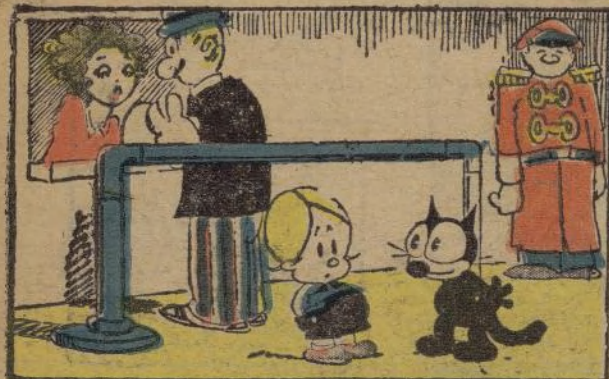


Cuando pudieron ponerse a salvo ya había salido la luna, y los jugadores, dispuestos a tomar fiera venganza, rodearon la casa de mamá Tecla, imitando Terremoto el maullido de Mamerto, para que los pilletes salieran. ¿Saldrían?

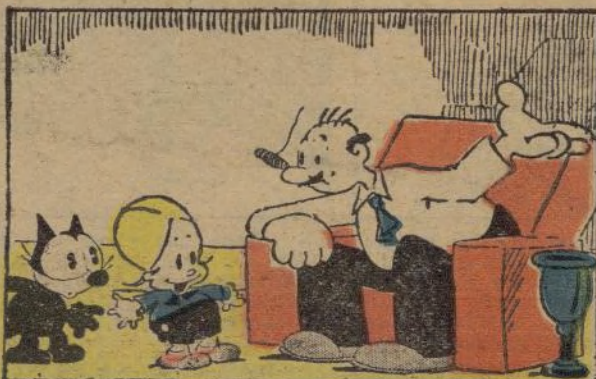




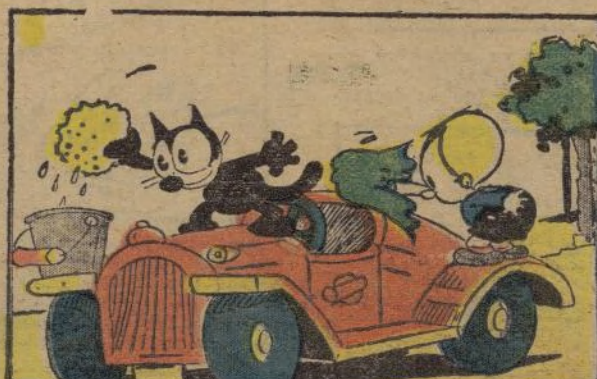
# ANDANAS DE GATO FELIX



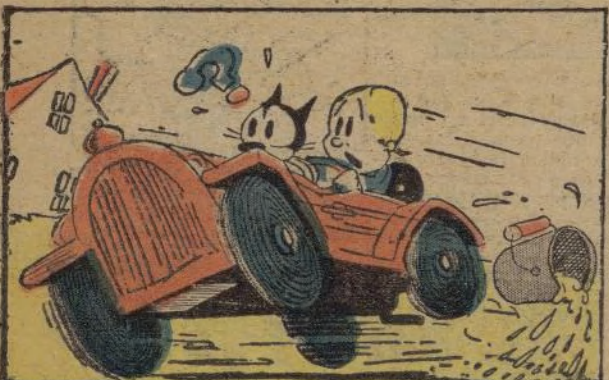
Ya recordaréis que el hombre serpiente le dió a Bimbete cuarenta duros por su camita. Pero Bimbete, que era un derrochador, se había gastado las doscientas del ala, y ahora vino a suplicarle a Félix que le ayudase.



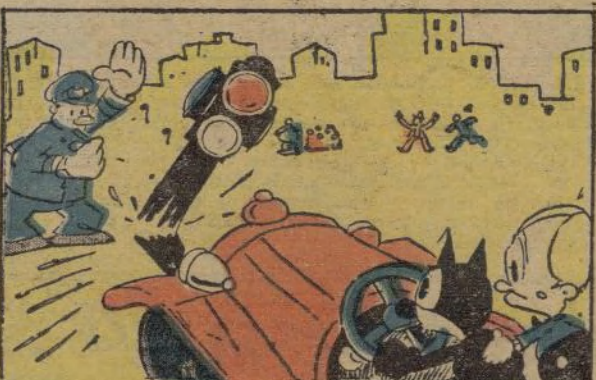
Félix, que era bueno y comprensivo como un alcorneque, decidió que fueran a pedir trabajo al señor Motociclo, dueño de una tienda de automóviles, y el señor Motociclo les destinó a la limpieza de los coches.



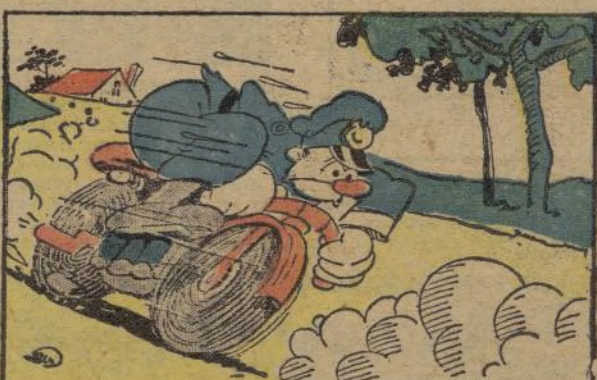
Félix y Bimbete comenzaron su tarea limpiando a conciencia un soberbio cuarenta y cinco caballos, que estaba más puerco que si se hubiera revolcado, como hacen esos niños llorones cuando no les compran torraos.



Pero, sin darse cuenta, Bimbete pisó la puesta en marcha del cuarenta y cinco caballos, y éste, que estaba deseando que le diesen marcha para darse un paseito, salió a noventa por hora, con rumbo a lo desconocido.



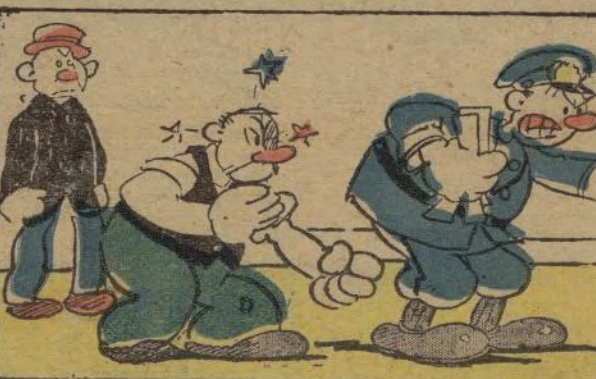
El pobre Félix, que en su vida las había visto más gruesas, procuraba parar el cochecito por medios persuasivos: "Párate, hermoso, le decía, y te regalaremos un pastel de gasolina" Pero, como si tal cosa.



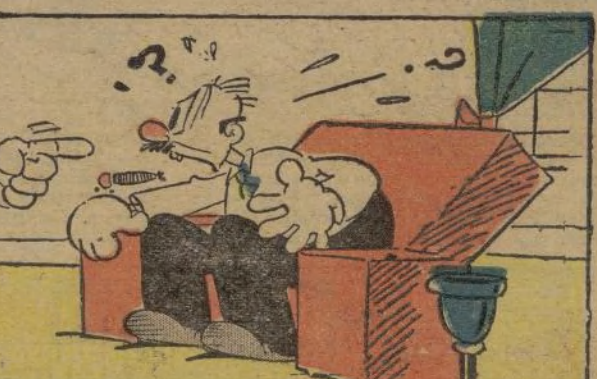
Nuestros amigos recorrieron la ciudad haciendo más estragos que un ciclón o un terremoto. La Policía recibió órdenes terminantes para que detuviese aquel coche fantasma, que iba a derribar los rascacielos.



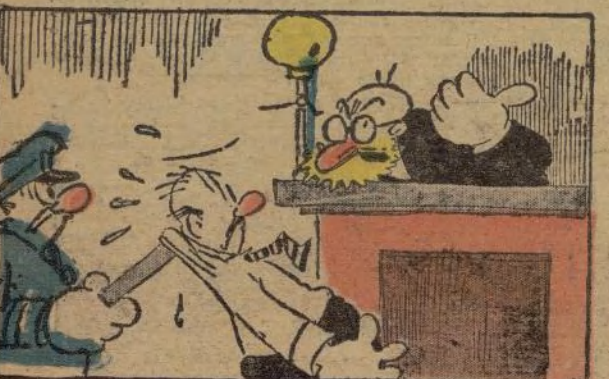
"Autos", "motos", tanques, el Ejército y la Policía, se movilizó en masa para dar caza al "auto" fantasma, que seguía sembrando la destrucción a su paso, y pasaba por calles, pueblos y aldeas como un cohete fugitivo.



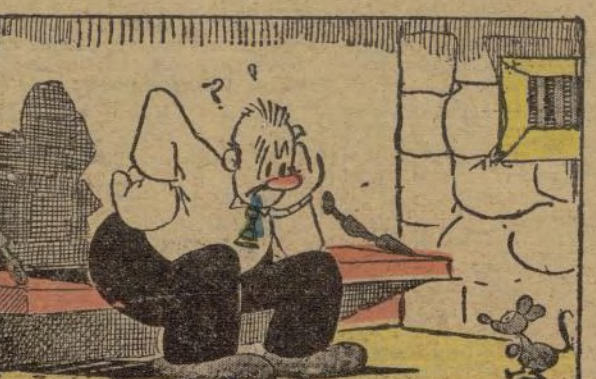
Y, a todo esto, el pobre señor Motociclo estaba pasando unos días de terrible incertidumbre, pues alguien había tomado la matrícula del cuarenta y cinco caballos, y llovían las denuncias sobre el infeliz propietario, que no se explicaba aquello. Y, a todo esto, el "auto" fantasma seguía haciendo de las suyas, sin pararse jamás. La Prensa traía todos los días la noticia: "El 'auto'-cohete sigue su ruta, incansable".



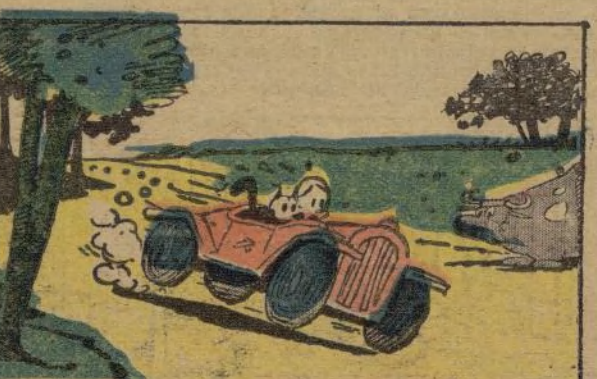
Y, mientras tanto que estas tragedias se ventilaban en la ciudad, Félix y Bimbete proseguían su marcha vertiginosa. ¿Dónde y cuándo pararian?



Y el pobre señor Motociclo fué conducido a la cárcel, condenado a quince años, siete meses, cuatro días, cinco horas y veintiséis minutos de cadena perpetua, por acusársele de ser el dueño del "auto" fantasma.



Y el desventurado Motociclo comenzó a cumplir su condena, lamentándose de la hora en que conoció a los malditos Félix y Bimbete, causantes de todos sus males y de que él estuviese en un calabozo oscuro y sin calefacción.



Y, mientras tanto que estas tragedias se ventilaban en la ciudad, Félix y Bimbete proseguían su marcha vertiginosa. ¿Dónde y cuándo pararian?

(Continuará.)